Imágenes andaluzas en la obra poética de Antonio Machado

Eduardo A. Salas Romo
Universidad de Jaén

I. Bajo el título de "El andalucismo de Antonio Machado" abría José Chamorro su libro *Antonio Machado en la provincia de Jaén* (1966). Con él intentaba poner de manifiesto el marcado y continuo vínculo del poeta para con la tierra que le viera nacer y a partir de sus conocidos versos "*Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, / y un huerto claro donde madura el limonero; / mi juventud, veinte años en tierra de Castilla; / mi historia, algunos casos que recordar no quiero…*"[1] comenzaba a exaltar la raíz de un andalucismo que nunca le abandonaría, el apego a una tierra que se le hace presente en momentos de apoteosis –pensemos en sus recuerdos de infancia– y en otros de infinita tristeza, como cuando regresa, derrotado, tras la pérdida del amor que había sido toda su ilusión.

Salía, así, el insigne cronista, al encuentro de quienes habían expresado el desarraigo del poeta con respecto a su tierra natal una vez conocidas las tierras altas del Duero. Ciertamente son muchos los críticos que se manifestaron en ese sentido y sirvan como botón de muestra la declaración de Julián Marías de que "La visión de Andalucía no es, como antes la de Castilla, personal, individualista e *histórica*, sino popular. No ve Andalucía con sus ojos […], sino con los del pueblo, a través de sus canciones, de lo que se dice y se canta" (Marías, 1949: 314); o la muy elocuente que hiciera Manuel Alvar en la introducción a la edición de las poesías completas, donde dice que "Y en esta tierra nuevamente descubierta, en estos olivares de releje plateado por la luna, en los cortijos blancos de la loma de Úbeda, el recuerdo lacerante. […] El poeta no quiere ver. ¡Él que había convertido en una inigualable criatura de arte a las pobres tierras sorianas! […] Y ahora, sobre esta tierra, que ya no quiere como suya, busca el hilo que le ensarte los recuerdos. El tiempo se ha concitado contra su encariñamiento y va desdibujando los días sorianos. Por eso no quiere ver la circunstancia en la que está sumergido, porque también ella había de colaborar con el olvido. […] Y es que el corazón seguía estando en el alto Duero" (Alvar, 1975: 48-50).

Sin entrar, no obstante, en la discusión de la posible primacía en su vida del andalucismo o, por el contrario, de un castellanismo abierto, es innegable la «personalidad» andaluza de Machado, que llegó a captar su esencia como pocos han sabido hacerlo. Como dijera el mismo José Chamorro, "los hombres [andaluces] van al mundo y lo

[1] Todas las citas textuales de la obra de Antonio Machado que aparecen en este trabajo corresponden a la edición de las *Poesías completas*, realizada por Manuel Alvar (1975).

conquistan no por artes de guerra, ni por ingenios técnicos, sino por el "aquél", por esa gracia innata, firmemente afincada a su objetiva visión de las cosas, y por ello con un sentido humano y vital de la cultura" (Chamorro, 1966: 8). Probablemente sea verdad aquel dicho de que un escritor dijo un día que por Andalucía se iba directamente a la poesía y es que "Andalucía es en sí suprema expresión de perfiles encantados pero sobrios, que necesitan esa última consecuencia del lenguaje que es el verso para saberla encontrar y para saberla cantar" (*ibid.*: 6). Don Antonio llenó su alma de esas vivencias y supo cantarlas con el vitalismo entusiasta propio de estas tierras; en ellas experimentó el gozo de vivir y caló el alma y la verdad de sus gentes, como bien ilustran los siguientes versos:

> El pueblo es fino, sensible,
> y a su modo, aristocrático.
> Trabaja como ninguno,
> pero lo hace cantando;
> y más artista que obrero
> se ufana del resultado;
> no del sudor que le cuesta;
> de la obra, no del trabajo.

Y, ni que decir tiene, en ellas intuyó también por primera vez el dolor, la angustia y la muerte, como prueba su consideración de la profundidad y de la hondura espiritual del "cante hondo" en el siguiente poema homónimo:

> Yo meditaba absorto, devanando
> los hilos del hastío y la tristeza,
> cuando llegó a mi oído,
> por la ventana de mi estancia, abierta
> a una caliente noche de verano,
> el plañir de una copla soñolienta,
> quebrada por los trémulos sombríos
> de las músicas magas de mi tierra.
> […]
> … Y era la Muerte, al hombro la cuchilla,
> el paso largo, torva y esquelética.
> —Tal cuando yo era niño la soñaba—.
> Y en la guitarra, resonante y trémula,
> la brusca mano, al golpear, fingía
> el reposar de un ataúd en tierra.

Desde estas consideraciones sobre su andalucismo íntimo, emocionado y de fuerte carga afectiva, pretendo ahora dar un paseo —una vista de pájaro, más bien— por las imágenes andaluzas en la obra poética de don Antonio Machado.

II. Decía Machado que *"Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla, / y un huerto claro donde madura el limonero"*, según acabamos de recordar. Aunque la ciudad de Sevilla no sea factor de acusado relieve en su poesía, sí que supone, al menos, una continua fuente de temas y de alusiones más o menos explícitas a lo largo de toda ella, materializadas a través de recuerdos que recogen esas primeras intuiciones infantiles que permanecerán vivas durante toda la vida. Se trata de una niñez rememorada a partir de diferentes elementos, entre los que, lógicamente, ocupan un lugar privilegiado sus padres. El contacto de doña Ana, su madre, que siempre guiara su vida hasta el momento mismo de la muerte, es expresado de la siguiente manera en el poema titulado "Renacimiento":

> Galerías del alma… ¡el alma niña!
> […]
> ¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
> ya recobrada la perdida senda!
> Y volver a sentir en nuestra mano,
> aquel latido de la mano buena
> de nuestra madre… Y caminar en sueños
> por amor de la mano que nos lleva.

De igual manera es nostálgico el recuerdo de su padre, don Antonio, a cuyo olvido se resiste el hijo a pesar de su fallecimiento a temprana edad:

> Ya casi tengo un retrato
> de mi buen padre, en el tiempo,
> pero el tiempo se lo va llevando.
> Mi padre, cazador, —en la ribera
> de Guadalquivir ¡en un día tan claro!—
> […]
> Mi padre en el jardín de nuestra casa,
> mi padre, entre sus libros, trabajando.
> Los ojos grandes, la alta frente,
> el rostro enjuto, los bigotes lacios.

Mi padre escribe (letra diminuta),
medita, sueña, sufre, habla alto.
Pasea —oh padre mío— ¡todavía
estás ahí, el tiempo no te ha borrado!
Ya soy más viejo que eras tú, padre mío, cuando me besabas.
Pero en el recuerdo, soy también el niño que tú llevabas de la mano.
¡Muchos años pasaron sin que yo te recordara, padre mío!
¿Dónde estabas tú en esos años?

De la misma manera, naranjos, limoneros, fuentes, plazas, jardines, patios y costumbres campean a lo largo y ancho de su poesía evocando un nutrido ramillete de recuerdos infantiles; recuérdense, por ejemplo, su poema titulado precisamente "Recuerdos infantiles" o su "Parábola" encabezada por los versos: "*Era un niño que soñaba / un caballo de cartón.*", que, junto a otros muchos muestran experiencias de la niñez que se convertirán más tarde en rememoración a través de la materia poética. Son muchos, en fin, los poemas donde aparecen motivos y escenas sevillanas, pero tal vez ninguno exprese con tanto calado el amor a su tierra natal como el siguiente en el que, en sus últimos tiempos, plenamente inmerso en la tragedia de la guerra y desde Barcelona, recuerda a su hermano Manuel, emocionado, el paraíso infantil:

Otra vez el ayer. Tras la persiana,
música y sol; en el jardín cercano,
la fruta de oro; al levantar la mano,
el puro azul dormido en la fontana.
Mi Sevilla infantil ¡tan sevillana!
¡cuál muerde el tiempo tu memoria en vano!
¡Tan nuestra! Avisa tu recuerdo, hermano.
No sabemos de quién va a ser mañana.

El mismo azul y el mismo sol sevillanos que dejara inmortalizados en el que parece ser su último verso: *"Estos días azules y este sol de la infancia"*, un verso que, en palabras del profesor López Estrada, quien tan minuciosamente estudiara la relación entre Antonio Machado y Sevilla y a cuyo trabajo remito, "resulta para mí el más cordial tributo de un poeta que solo vivió la infancia en Sevilla, pero que luego la ciudad —con lo que ella supone de despliegue cultural, sobre todo, con base en el pueblo— estuvo en su vida y obra en grado suficiente como para señalar que Antonio puede considerarse también un poeta

sevillano, uno más de los que sacaron agua de este pozo sin fondo de la poesía que es Sevilla" (López Estrada, 1977: 164).

III. El andalucismo poético de Machado no se reduce, no obstante, a su sevillanía, sino que su obra muestra, desplegada, buena parte de la geografía andaluza. Es frecuente encontrar en sus versos alusiones a diversas capitales, como Córdoba, Granada o Jaén, y a diferentes pueblos de sus respectivas provincias; en ese sentido son siempre hermosas las referencias a Lucena, Puerto Real, Sanlúcar, Baza, Alicún y a otros muchos puntos jiennenses a los que a continuación me referiré. Hay como una obsesión por el espacio de la que ya hablara Dámaso Alonso: "Lo primero que vemos —decía— es espacio: algo se abre y se profundiza ante nosotros. Siempre en su poesía hay un espacio que se abre y se ilumina" (Alonso, 1962: 168-169).

Cabe decir con respecto a estas cuestiones que no solo es importante aproximarse al tema, a lo que dice el poema, al referente, sino también a la emoción o al sentimiento contenido, puesto que quedarse en cuestiones formales, en la epidermis del poema, sin llegar a su esencia o meollo, es andarse por las ramas y no deja de ser una actitud claramente insatisfactoria; como defendieran, incluso, destacados cultivadores de los análisis estilísticos —como el mismo Dámaso Alonso o Carlos Bousoño—, toda aproximación rigurosa al poema requiere comenzar por una captación de su esencia, por una intuición de su contenido. Y es que, como dijera, el profesor Antonio Sánchez Barbudo (1967), en pocos poetas es tan bella y entrañable como en él la sutil y a veces intrincada relación *paisaje-alma*. En Machado, el paisaje "Es un paisaje con frecuencia «real», pero de una realidad modificada por cierta especial levedad: un paisaje como visto a través del sentimiento. Mas a su vez, el sentimiento nos llega como a través de ese paisaje; la emoción nos llega como envuelta, ligada a ese mundo real y mágico que el poeta ha empezado por crear. Y así cargada de expresividad, llena de vida y misterio, la emoción, convertida en emoción poética, nos penetra y envuelve. Diríase que Machado nos hace sentir porque nos hace participar en su experiencia. Crea al menos en nosotros esa ilusión por habernos situado *allí*, en un bello lugar y momento específico, y habernos guiado luego por el laberinto de sus sentimientos e impresiones" (Sánchez Barbudo, 1967: 19-20).

Si bien ese sutil lazo entre el mundo exterior y el sentimiento era bien palpable en sus referencias sevillanas, no lo es menos en las numerosas alusiones a la tierra jiennense que le acogiera durante algunos años importantes de su vida. A ella llega preso del dolor por la muerte de

su esposa y en ella encuentra la serenidad, la soledad y el silencio que necesitaba. En el poema "Meditaciones rurales" podemos leer:

> Heme aquí ya, profesor
> de lenguas vivas (ayer
> maestro de gay-saber,
> aprendiz de ruiseñor),
> en un pueblo húmedo y frío,
> destartalado y sombrío,
> entre andaluz y manchego.
> […]
> En mi estancia, iluminada
> por esta luz invernal
> —la tarde gris tamizada
> por la lluvia y el cristal—
> sueño y medito.

Baeza emerge como el marco ideal para sobrellevar semejante estado de ánimo y se convierte en extraordinario espacio para la introspección y la vida tranquila, para pasear y leer, como dejara escrito en sus notas autobiográficas, para la nostalgia:

> De la ciudad moruna
> tras las murallas viejas,
> yo contemplo la tarde silenciosa,
> a solas con mi sombra y con mi pena.
> El río va corriendo,
> entre sombrías huertas
> y grises olivares,
> por los alegres campos de Baeza.
> […]
> Los caminitos blancos
> se cruzan y se alejan,
> buscando los dispersos caseríos
> del valle y de la sierra.
> Caminos de los campos…
> ¡Ay, ya no puedo caminar con ella!

Tiempos difíciles, como he dicho, pero necesarios para el poeta e imborrables en su memoria —a pesar de la ya comentada escasa profusión de esta ciudad en su poesía— y que le llevarían a suspirar *"¡Campo de Baeza / soñaré contigo, / cuando no te vea!"*.

Los paisajes colindantes se convierten en confidentes de su melancolía y de su nostalgia, en silenciosos compañeros de viaje durante sus frecuentes y largos paseos por el sendero hacia Úbeda —*Úbeda la grande*, como la llamara alguna vez; la de la *plazoleta del Desengaño Mayor*—, en los que acostumbraba a sentarse junto a una gran encina a leer y a meditar, en un lugar conocido precisamente como El Encinar, que quedaría plasmado más de una vez en sus versos:

> Entre Úbeda y Baeza
> —loma de las dos hermanas;
> Baeza, pobre y señora;
> Úbeda, reina y gitana—,
> Y en el encinar
> ¡luna redonda y beata,
> siempre conmigo a la par!

O en esa otra cancioncilla en la que recuerda sus descansos, a la sombra o resguardado del viento, que concluye así:

> Y la encina negra
> a medio camino
> de Úbeda a Baeza.

No obstante, como apuntara Fanny Rubio, "De ser el «exigente» poeta de *Soledades* y el melancólico contemplador de los paisajes castellanos ha pasado a convertirse, simplemente, en un andaluz recuperado. De poeta puro, la verdad, como lo fue de joven, se ha transformado en romántico en el sentido de querer escribir desde las emociones humanas. Regresa a Andalucía en pleno cambio estético una vez ha conocido el éxito de su obra *Campos de Castilla*. Ha pasado de describir la pura emoción, sin tema, sin anécdota, a darse cuenta, de nuevo, de otra emoción humana que lo parte y lo lleva a buscar a los otros" (Rubio, 2008: 40). Es decir, que, con el paso del tiempo, se va integrando en el ambiente de la ciudad y se va dejando empapar del ritmo, la vitalidad y la idiosincrasia de esa tierra. Por eso gusta, cada vez más, de emprender excursiones hacia todos los lugares cuyo perfil dibuja la espléndida vista desde las murallas baezanas:

> Desde mi ventana,
> ¡campo de Baeza,
> a la luna clara!
> ¡Montes de Cazorla,

Aznaitín y Mágina!
¡De luna y de piedra
también los cachorros
de Sierra Morena!

Y es así como lleva a su poesía los lugares y las imágenes que va encontrando, por ejemplo, a lo largo del camino hacia las fuentes del Guadalquivir, que emprende junto con algunos contertulios de la rebotica del señor Almazán:

A dos leguas de Úbeda, la Torre
de Pero Gil, bajo este sol de fuego,
triste burgo de España. El coche rueda
entre grises olivos polvorientos.
Allá, el castillo heroico.
En la plaza, mendigos y chicuelos:
una orgía de harapos…
Pasamos frente al atrio del convento
de la Misericordia.
¡Los blancos muros, los cipreses negros!
[…]
Seguimos. Olivares. Los olivos
están en flor. El carricoche lento,
al paso de dos pencos matalones,
camina hacia Peal. Campos ubérrimos.
La tierra da lo suyo; el sol trabajo;
el hombre es para el suelo:
genera, siembra y labra
y su fatiga unce la tierra al cielo.

Tras pasar por Peal, tal y como acabamos de leer, los excursionistas visitan Cazorla y, dejando las vertientes del sur con las fuentes del Guadalentín, se adentran en el pintoresco valle donde se erige el Santuario de Tíscar, cerca de Quesada y de Belerda, hermoso lugar que despierta nuevamente la inspiración del poeta y cuyas impresiones deja plasmadas de la siguiente manera:

En la sierra de Quesada
hay un águila gigante,
verdosa, negra y dorada,
siempre las alas abiertas.
Es de piedra y no se cansa.

Pasado Puerto Lorente,
entre las nubes galopa
el caballo de los montes.
Nunca se cansa: es de roca.
En el hondón del barranco
se ve al jinete caído,
que alza los brazos al cielo.
Los brazos son de granito.
Y allí donde nadie sube
hay una virgen risueña
con un río azul en brazos.
Es la Virgen de la Sierra.

Posteriormente, en sus confesiones, Machado dirá que esta excursión le refresca y le reintegra al sosiego; los mismos placeres que le brinda la contemplación extasiada de Sierra Mágina y de sus pueblos cercanos (Jimena, Garcíez, Alicún e, incluso, Torredonjimeno), todos ellos nombrados en sus poemas. Son caminos que le recuerdan las montañas altas de Soria y la ribera del Duero:

Tiene Cazorla nieve,
y Mágina, tormenta,
su montera, Aznaitín. Hacia Granada,
montes con sol, montes de sol y piedra.

Y es que "Lleva consigo, donde quiera que vaya, el espíritu y la visión de Andalucía alta, […] y donde vaya soñará con ellas. Con esas ciudades y esos campos de la provincia de Jaén que roturaron con su paciente encanto, silente, callado y siempre acogedor, ese campo cerrado del corazón del poeta: le rompieron la niebla de su persistente dolor y le abrieron un horizonte de paz" (Chamorro, 1966: 50).

IV. Al margen, en fin, de todas estas innumerables imágenes de la geografía andaluza, cabe decir que hay dos constantes en la poesía de Antonio Machado que ponen de manifiesto el pretendido andalucismo que mis palabras intentan demostrar; dos elementos de poderosa presencia subrayados por buena parte de la crítica que se ha ocupado de su etapa en estas tierras del sur: el olivo y el Guadalquivir, siempre recurrentes en sus versos.

El árbol de la tierra andaluza, cantado por innumerables poetas desde los albores mismos de nuestra lengua, entusiasmó a Machado por su

adentramiento en su vida interior, por su reciedumbre que tan bien atemperara con la madurez que le aportó esta tierra; fue consciente de todo su ciclo vegetativo y sintió el trajín de sus cuidado y de su maceración. Es lo que lleva al ya citado José Chamorro a afirmar que "Machado fue el poeta que descubrió en nuestros tiempos la gran fuerza poética del olivo y del olivar. Con él luego lo cantaron García Lorca y Pemán y tantos más. Pero la pureza de sus imágenes, la sensibilidad exquisita de sus frases y de sus figuras, no la ha alcanzado ninguno. Machado atrajo a sí la gran tradición del olivo y de su faena. No la mezcló, como García Lorca, a ninguna anécdota. La hizo estampa viva por ella misma" (Chamorro, 1966: 48). Sirvan de ejemplo las siguientes estrofas de su poema titulado precisamente "Los olivos":

> ¡Viejos olivos sedientos
> bajo el claro sol del día,
> olivares polvorientos
> del campo de Andalucía!
> […]
> Olivares, Dios os dé
> los eneros
> de aguaceros,
> los agostos de agua al pie,
> los vientos primaverales,
> vuestras flores racimadas;
> y las lluvias otoñales
> vuestras olivas moradas.
> Olivar, por cien caminos,
> tus olivitas irán
> caminando a cien molinos.
> […]
> ¡Venga Dios a los hogares
> y a las almas de esta tierra
> de olivares y olivares!

o esta otra del poema "Olivos del camino":

> Hoy, a tu sombra, quiero
> ver estos campos de mi Andalucía,
> como a la vera ayer del Alto Duero
> la hermosa tierra de encinar veía.
> Olivo solitario,
> lejos de olivar, junto a la fuente,

olivo hospitalario
que das tu sombra a un hombre pensativo
y a un agua transparente,
al borde del camino que blanquea,
guarde tus verdes ramas, viejo olivo,
la diosa de ojos glaucos, Atenea.

De la misma manera, el Guadalquivir se convierte en presencia constante y es inevitable recordar a este respecto la función esencial de las palabras *río* y *mar* en su poesía y la evocación de la obra manriqueña. Probablemente, ninguna otra imagen exponga con tanta profundidad y riqueza de matices la relación paisaje-alma a la que anteriormente me refería. No entraré en detalle; para ello remito al exhaustivo trabajo de Domingo Ynduráin (1975). Como ocurriera con el Duero, también el Guadalquivir es aludido en multitud de ocasiones; baste recordar unos versos en los que aparecen, paralelos, río y vida del poeta:

¡Oh Guadalquivir!
Te vi en Cazorla nacer;
hoy, en Sanlúcar morir.
Un borbollón de agua clara,
debajo de un pino verde,
eras tú, ¡qué bien sonabas!
Como yo, cerca del mar,
río de barro salobre,
¿sueñas con tu manantial?

V. Cabe decir, finalmente, que, aunque me he referido a las más evidentes, por explícitas, las imágenes andaluzas en la poesía de Antonio Machado no se agotan en los motivos señalados sino que una lectura atenta descubre otros muchos guiños que confirman su cercanía y vinculación emotiva con estas tierras del sur. No se olviden, en ese sentido, la constante referencia a personajes andaluces, a costumbres y fiestas religiosas y profanas, las numerosas coplas —populares o no— andaluzas o la cantidad de apócrifos que hace nacer en esta tierra de moros jardines y de claros bosques. Todos ellos hacen pensar, en fin, junto con el cultivo creciente de una lírica que la crítica ha coincidido en denominar "popular", en la interiorización de la filosofía vital propia del hombre andaluz, porque, en efecto, el andalucismo no se manifiesta únicamente en un acento lingüístico,

sino que es toda una manera de entender el mundo (López Estrada, 1977), una cosmovisión, diríamos, que Antonio Machado lució a gala y con la que honró esta tierra que le vio nacer, le acogió y que hoy, nuevamente, le rinde homenaje.

Referencias bibliográficas

ALONSO, Dámaso (1962), *Cuatro poetas españoles*, Madrid, Gredos.

ALVAR, Manuel (1975), Edición de *Poesías completas* de Antonio Machado, Madrid, Espasa Calpe, Col. Austral, 1996[22ª].

CHAMORRO, José (1966), *Antonio Machado en la provincia de Jaén*, Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1975[3ª].

LÓPEZ ESTRADA, Francisco (1977), "Antonio Machado y Sevilla", en: VV.AA. *Homenaje a Machado*, Salamanca, Universidad de Salamanca, pp. 135-164.

MARÍAS, Julián (1949), "Antonio Machado y su interpretación poética de las cosas", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 11-12.

RUBIO, Fanny (2008), *Baeza de Machado*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara.

SÁNCHEZ BARBUDO, Antonio (1967), *Los poemas de Antonio Machado. Los temas. El sentimiento y la expresión*, Barcelona, Lumen, 1976[3ª].

YNDURÁIN, Domingo (1975), *Ideas recurrentes en Antonio Machado*, Madrid, Turner.